

ELOGIO SENTIMENTAL DEL RIO JILOCA

Gregorio F. Jimenez Salcedo

¡Te he querido siempre, río Jiloca! Te he querido, desde la inocente ignorancia de mis primeros años, mucho antes de conocerte y asomarme a tu perfil cantarín y trabajador. ¡Te he querido, y te quiero, porque estaba predestinado a ti, como lo estabas tú a mí, igualmente!

Río provechoso, fecundo en resultados, que acaricias las tierras de Teruel y Zaragoza. Río que, tal vez, captas profundos secretos que te llegan desde la Sierra de Albarracín, esa fortaleza de ensueños, y que en Cella, como una flor de milagro hecho líquido, asoma para correr bajo los cielos aragoneses. Y así, luego, en marcha gozosamente segura, acariciante y pródiga en calmar la sed de tierras que por ti se tornan vega agradecida, encarrilas tu cauce hasta el holocausto final en el Jalón: ese hermano mayor (pues los dos sois hijos del mismo padre Ebro) que te recibe con cariñosa bienvenida envuelta en anillos espumosos de royas andaduras. Pero hasta entonces, Jiloca amado, Jiloca de artesanos en artesanales lides fruterías, pasas y peregrinas por lugares entrañables, por el tesón y el buen hacer jotero de Monreal del Campo, Caminreal y Calamocha; besando huertas y llevando en tu corriente el púdico rubor, casi de pintadas sedas japonesas, de las flores del peral, del manzano, ciruelo y melocotonero y del cerezo, poemas temblorosos que cambiaron los versos por pétalos. Hasta recibes tú, también, el tributo de otro riachuelo más humilde, el Pancrudo, que te da su caudal de hermano menor, para seguir cantando contigo.

Después, va cambiando tu lecho, más duro y bravío, porque te llama con su voz Daroca para relatarte sus historias guerreras y místicas. Y comienzas un jugueteo de estrecheces y amplitudes, cerrando y ensanchando tu movedizo cuerpo cristalino, para brindar todo el presente de tus vivificantes riberas: ésas que configuran y dan ejecutoria a un pequeño paraíso humilde que toma de ti su hombre, "la Ribera del Jiloca". Y prosigue tu marcha, ahora por Manchones y al brigo del vigilante puerto de Villafeliche, para alcanzar tu arribada final en ese amplio valle de Calata-

yud, mi ciudad siempre añorada, la de mil nostalgias permanentes, donde te está aguardando, con amorosa y fraternal impaciencia, el legendario Jalón, ese río al que llegarán, hace casi dos mil años, los versos intencionados del celtíbero y romano Marco Valerio Marcial.

Pero hay algo, fecundo, modesto, queridísimo Jiloca, que me ata con lazos de especial ternura a tus breves 123 kilómetros de singladuras campesinas. Hay algo en ti, en ese nombre que te distingue y que designa a toda tu triple comarca (la del alto Jiloca, la del Jiloca medio y la del bajo Jiloca), ornado y embellecido por los contrastes que configuran geología, aguas y cultivos, con tierras grises, con tierras verdes y con tierras rojas, que guardo, con respetuosa veneración hacia un santo relicario, en los entresijos de mi corazón y en el armario de mis recuerdos: el último de tus pueblos en la misma dirección de esa carretera nacional Sagunto-Soria-Burgos, que arranca desde un pedazo de mis tierras natalicias y pasa por mi segunda naciencia bilbilitana; el pueblo de Paracuellos de Jiloca, que ha querido apellidarse bautizándose con tus aguas.

Porque Paracuellos de Jiloca, patria chica de mi abuela, vio nacer, un 31 de mayo de 1892, a mi padre. Y comenzó a ser así, con este acto tan sencillo, conocido y repetido, el principio de la mitad matemática de mi estirpe, que tiene tanto de aragonesa como de valenciana, ya que es tan valenciana como aragonesa.

¿Comprendes ahora, río Jiloca, por qué te he querido y te quiero tanto siempre?